

# ALBUM PINTORESCO.



Alcón en presencia de Aníbal.

## SAGUNTO.

Dueño Aníbal del corazón de la mayor parte de los españoles, y resuelto a conducir sus armas hasta los confines de Italia, llevando la guerra  
Mayo 1.º de 1853.

hasta los muros de su capital, después de haber conquistado los reinos de Toledo y de Castilla dobló contra Sagunto, decidido á poner cerco muy apretado á una población demasiado amiga de su independencia para no rebelarse contra las pretensiones del animoso capitán de Cartago.

Pero antes que Aníbal se encaminase al frente de su numeroso ejército hacia esta heroica ciudad; se le presentó una embajada romana, la que noticiosa de los intentos del cartaginés, venia á impedir el sitio, prestando que no podia efectuarse, puesto que Sagunto era amiga y con-

federada de Roma, y que al declarar la guerra á los saguntinos se la declaraba también á la república de Roma. Anibal, tan sagaz en los asuntos de estado como valeroso en los combates, tenia previsto el acontecimiento, y por consiguiente meditaba la respuesta. Trató á los emisarios con aparente afabilidad, y les dijo que los cartagineses no eran de peor condicion que los romanos, y que si estos habian vengado con las armas en los aliados de Cartago los insultos que habian hecho á los saguntinos ¿por qué no habian de poder los cartagineses tomar satisfaccion en los saguntinos de los agravios hechos á los confederados de Cartago?

No trascurrió mucho tiempo sin que Roma supiera que el intrépido Anibal emprendia su marcha hácia Sagunto á la cabeza de ciento cincuenta mil combatientes decididos á vencer ó morir.

Verificóse el cerco, y los sitiados, llenos de la mas heróica resolucion, juraron al pie de las aras de sus idolos la resistencia mas obstinada; mas antes que penetremos en la ciudad heróica, diremos que Anibal, con objeto de quitar á la plaza toda esperanza de socorro, de viveres y vituallas, se apoderó antes de todos los lugares de su jurisdiccion, y arrasó la campiña en seis leguas en contorno; mas estos preparativos, lejos de amilanar á los cercados, les daban nuevo aliento para la pelea, porque el fanatismo que tenian por su independencia, y la justa indignacion con que miraban la conducta de los cartagineses, infundia en sus pechos el mas decidido patriotismo, y anhelaban el momento en que los sitiadores hicieran su primer tentativa de asalto; pero Alcon, gobernador de los saguntinos, viendo que el asalto se retardaba, y no pudiendo contener á sus gentes que deseaban entrar en lucha, ordenó su tropa del siguiente modo: dividió su corto ejército en cuatro partes: una de ellas quedó situada en lo interior de la plaza para la guarda del magnifico templo donde rendian culto á sus divinidades; la segunda sirvió para coronar los muros que guarnecian aquel estrecho recinto; la tercera se colocó fuera de la plaza á pie firme y á distancia de unos cincuenta pasos de sus muros, con el fin de constituir la reserva del peloton que debia atacar; y la cuarta, que se componia de unos quinientos caballos, fué la destinada á desafiar la bravura de las tropas sitiadoras, saliendo á recibir las en vez de esperarlas.

Con efecto, Orisson arengó á los ginetes del modo mas enérgico y persuasivo; clavó en la punta de su lanza una bandera encarnada, en la que aparecia pintada una luna con dos cuernos, que era su divinidad predilecta y á la que llamaban *Astaroth*, y adelantándose el primero, oprimió los ijares á su fogoso caballo y acometió á la vanguardia enemiga, seguido de un tropel de caballeria desordenada, que esparciéndose en dis-

intas direcciones introdujo la confusion entre las tropas cartaginesas, las que no esperando un golpe de mano tan decisivo, abandonaron sus puestos en medio de la fuga mas espantosa. Este ataque produjo á los de Cartago una perdida harto considerable y casi imposible de reponer.

Con tan brillante trofeo, los vencedores tornaron á la ciudad, siendo recibidos en medio de las mas entusiastas aclamaciones. Los ancianos bendecian los heróicos esfuerzos de aquella juventud valerosa; las mugeres, reunidas en coro, entonaban himnos de alabanza; los niños, participando del entusiasmo de sus mayores, batian las palmas y brindaban coronas de mirto á la hueste triunfadora; y últimamente, Sagunto vió en esta jornada su mas grande dia de contento y felicidad. Lástima que fuese precursor del llanto, la amargura y el exterminio!

Enfurecidos los cartagineses con este golpe imprevisto, quisieron reparar con sangre su vergonzosa derrota; Anibal recorrió sus desordenadas filas, y con voz de trueno los incitó de nuevo á la pelea.—Animo, mis valientes, gritó: solo por la sorpresa pueden vencer nuestros antagonistas; las almas valerosas llegan al templo de la inmortalidad, cuando en su infortunio muestran lo que valen. ¿Sabéis dónde está vuestro mas brillante trofeo? al pie de aquellos muros.

La hueste africana se puso en orden de asalto, y á los gritos desaforados de viva Anibal y al estrepitoso ruido de los instrumentos marciales se encaminó hácia los muros de la ciudad; pero los saguntinos, que estaban preparados de antemano, recibieron á sus contrarios con igual denuedo, haciéndolos retroceder hasta sus mismas trincheras.

Conociendo Anibal el arrojo y valentia de los sitiados y el amilanamiento de sus soldados, determinó dar treguas al combate y situó sus tropas á mayor distancia de la plaza, dejándolas reposar algunos dias para que poco á poco se fueran reponiendo de su anterior descalabro; los saguntinos entretanto tampoco se descuidaban, y cada vez mas animosos se preparaban á poner á prueba su decision.

Llegó por fin el dia en que volvieron á romperse las hostilidades; los ataques fueron de los mas vivos; la defensa de las mas vigorosas; el sitio de los mas largos, y los asaltos de los mas frecuentes. En uno de estos, viendo Anibal lo inútiles que eran los esfuerzos de los suyos, se colocó á la cabeza de una gruesa columna con espada en mano, y fué el primero en trepar por una escala; pero una enorme piedra despedida de lo alto de la muralla, que vino á caer sobre su hombro derecho, le precipitó en el suelo herido de bastante gravedad. Recogieronle sus soldados y le condujeron á la tienda mas inmediata, donde al punto le administraron todos los auxilios que exigia su estado. Los cartagineses, cuando vieron caer á su general, se llenaron de terror y

abandonaron el asalto, temerosos de que muriera tan valiente caudillo. El ejército desordenado rodeó la tienda, deseoso de saber si vivia Anibal.

Este comprendió que con las armas no lograria nunca penetrar en Sagunto, y juró sitiaria por hambre. Desde aquel instante comenzaron los saguntinos á experimentar los terribles efectos de esta horrible calamidad, pero supieron tolerarla hasta el último extremo. En fin, apurados todos los recursos y perdida toda esperanza de salvacion, Alcon convocó á su pueblo, y en presencia de los ancianos y de los sacerdotes pudo reducir á aquella gente á que consintiera en una honrosa capitulacion. Sobre la torre mas alta de la poblacion apareció una lanza que hacia tremolar el blanco manto de un sacerdote, cuyo signo daba á entender un armisticio; los sitiadores correspondieron á esta señal, elevando sobre sus tiendas muchas banderolas blancas, y á las pocas horas se vió venir hácia el campamento de Anibal á Alcon, seguido de varios gefes y de algunos ancianos. El gobernador de Sagunto se avistó con el general cartaginés, el cual, mejorado de su herida, le recibió con estremada cortesia.

Alcon propuso á Anibal las bases de una paz honrosa, pero no fueron aceptadas. Hé aqui las proposiciones del general cartaginés: que la ciudad se rindiera á discrecion; que saliera libre la guarnicion y sus vecinos sin que llevasen consigo mas que la ropa necesaria para su abrigo y decencia.

Alcon tornó á la ciudad, y al saber los saguntinos lo que el enemigo habia contestado, bramaron de furia y juraron morir antes que aceptar tan denigrantes condiciones.

Con efecto, encendieron en medio de la plaza una grande hoguera, y despues de haber arrojado á ella sus muebles y sus alhajas se precipitaron ellos tambien llenos de abnegacion y denuedo. Las llamas anunciaron á los sitiadores la horrible catástrofe, y cuando penetraron en la ciudad solo vieron ruinas.

De este modo acabó la inmortal y célebre Sagunto, despues de un sitio de ocho meses, que constituye una página de oro en los anales de nuestra historia.

## CEREMONIAL

DE LA JURA DEL REY DON FERNANDO VII.

Habiéndose servido señalar S. M. el señor don Carlos IV, para el dia 23 de setiembre de 1789 á la hora de las nueve de la mañana el acto del juramento que en el monasterio de San Gerónimo debia prestar el reino junto y convocado en Córtes, á su hijo primogénito y heredero el serenísimo principe de Asturias don Fernando, que se hallaba en la edad de cuatro años, once meses y nueve dias, acordó el ilustrísimo señor conde de Cam-

pomanes, caballero pensionado de la real y distinguida orden española de Carlos III, gobernador entonces interino del Consejo, que los señores asistentes estuviesen á las siete y media en su posada para subir desde ella á las ocho en la forma acostumbrada; y pasados á dicho fin los avisos correspondientes, concurrieron á la misma hora los ilustrísimos señores don Rodrigo de la Torre Marin; don Pedro José Perez Valiente, caballero del orden de Calatrava; don Juan Acedo Rico, caballero pensionado de la distinguida real orden de Carlos III; don Santiago Ignacio de Espinosa, caballero de la misma real orden, ministro del Consejo y Cámara y como tales asistentes de cortes; el señor don Manuel Ayzpun y Rendin, también caballero pensionado de la misma distinguida real orden, del Consejo de S. M., su secretario y de la cámara por lo tocante á Gracia y Justicia y Estado de Castilla; don Agustin Bravo de Velasco y Aguilar, dueño propietario de uno de los oficios de escribanos mayores de cortes, y don Pedro Escolano de Arrieta, del Consejo de S. M., su secretario escribano de cámara mas antiguo de gobierno del Consejo nombrado por Su Magestad para servir otro de los oficios de escribanos mayores de cortes que se hallaba vacante, y estando todos juntos en la sala interior, en que se celebraron las juntas los dias antecedentes, luego que pareció á S. I. ser la hora correspondiente, dió orden para salir: tomaron el coche los dos escribanos mayores de cortes, yendo delante dos alguaciles de casa y corte á caballo con sus varas en las manos; seguian á este coche el del señor don Manuel Ayzpun: luego el de los señores don Juan Acedo Rico y don Santiago de Espinosa, y en el último lugar, iba la carroza del ilustrísimo señor gobernador del Consejo sentado S. I. al testero y al vidrio los señores don Rodrigo de la Torre Marin y don Pedro José Perez Valiente, llevando delante de la carroza cuatro alguaciles montados con varas como los anteriores y detrás un coche de S. I. con sus pages. En esta forma fué la comitiva por la calle de las Platerias, Puerta de Guadalajara, calle Mayor, Puerta del Sol, Carrera de San Jerónimo hasta el monasterio de este titulo, á cuya puerta se apearon todos, y habiendo encontrado en el pórtico de la iglesia á los señores don José de Contreras, marqués de Contreras y don Miguel Joaquín de Loricri, marqués de Roda, caballero pensionado de la distinguida real orden de Carlos III, ministros del Consejo, nombrados para asistir en calidad de testigos al acto del juramento, entraron todos juntos en dicha iglesia que se hallaba dispuesta en la forma siguiente.

Ocupaba toda la capilla mayor por sus cuatro partes, un tablado hecho para esta funcion, que igualaba con el suelo del altar mayor y estaba todo cubierto de alfombras; en medio habia una grada de ocho escalones para subir y á los lados una barandi-

lla de color blanco. El ámbito de la misma capilla estaba cubierto de tapicerias, y las tribunas y balcones de la capilla mayor é iglesia y las paredes de la misma, se hallaban adornadas de tafetan en forma de pabellon. Al lado de la Epístola mas abajo del ángulo ó esquina del altar colateral al mayor, estaba el trono real, y en él dos sillas debajo del dosel para el rey y la reina, con sitial delante; al lado izquierdo del dosel por la parte del cuerpo de la iglesia, habia dos sillas de brazos, una para el serenísimo príncipe don Fernando, y otra para el infante don Antonio Pascual: entre el altar mayor y el trono de S. M. se hallaba una silla de terciopelo carmesi para el eminentísimo señor don Francisco Lorenzana, cardenal arzobispo de Toledo, primado de las Españas, gran cruz de la real distinguida orden española de Carlos III, que habia de celebrar la misa de pontifical. Al lado del Evangelio, estaba un banco raso cubierto de damasco carmesi para los prelados nombrados por S. M. para dicho acto, y en seguida con un espacio ó claro habia una silla de brazos cubierta de terciopelo carmesi para el eminentísimo señor don Antonino Sentmanat, cardenal, gran canciller de la real distinguida orden española de Carlos III, pro-capellan y limosnero mayor de su magestad, patriarca de las Indias, vicario general de los reales ejércitos y armada; detrás otro banco en la misma forma para los señores asistentes y ministros del Consejo que concurrieron en calidad de testigos, y para el secretario de la cámara.

Con algun claro de la silla del cardenal patriarca, y en la misma línea por la parte del cuerpo de la iglesia, habia una silla con un banquito delante cubierto de terciopelo para el excelentísimo señor arzobispo de Corinto, Nuncio de S. S. en estos reinos.

En el cuerpo de la iglesia con intermediacion al tablado por la parte de la Epístola estaba un banco para los grandes, y en la misma línea á corta distancia se hallaba otro para los titulos; por la parte del Evangelio habia otro para los prelados, porque debian bajar á él concluida la misa, y seguia con algun espacio ó claro otro banco para las ciudades, excepto la de Toledo que se puso al fin de las dos líneas en medio frente del altar.

Luego que entraron en la iglesia los señores asistentes y testigos, subieron la grada del tablado, y despues el ilustrísimo señor gobernador del Consejo, presidente de las Cortes, pasó al banco de los titulos de Castilla para ser el primero entre ellos, en virtud de especial nombramiento de S. M. Ocuparon el suyo dichos señores asis entes y testigos, poniéndose detrás en pie los escribanos mayores de Cortes; delante estaban ya en su banco los prelados, y en su silla el cardenal arzobispo de Toledo, preparándose para officiar la misa; y muchos de los concurrentes estaban ya igualmente en sus respectivos lugares.

Cerca de las nueve, bajó aviso de orden del excelentísimo señor marqués de Santa Cruz, grande de España de primera clase, caballero de la insigne orden del Toison de Oro y de la gran cruz de la real distinguida orden española de Carlos III, mayor-domo mayor de S. M., etc., etc., para que los titulos y procuradores de Cortes subiesen al cuarto del rey para acompañar á S. M. que venia ya á la iglesia, lo que ejecutaron.

En el presbiterio habia una mesa de altar portátil, con su grada y siete candeleros de plata con su cruz correspondiente; sobre el ara estaban estendidas las vestiduras pontificales, y encima el gremial, y sobre él la mitra bordada de oro, con su banda.

En seguida se presentaron revestidos seis capellanes de honor, dos para diaconales, uno con capa pluvial para asistente mayor, y los tres restantes también con pluviales para el libro é insignias del pontifical; además dos capellanes de altar para cantar la Epístola y el Evangelio; todo el ornamento era igual y el mas rico de la real capilla, bordado de oro á realce con láminas primorosas y piedras de valor. Los pages del eminentísimo cardenal arzobispo calzaron las caligas á su eminencia; despues tomó el lavatorio en bandeja y jarro de oro, que le sirvieron sus familiares; luego le desnudaron de la púrpura, poniéndose sobre el roquete amito, alba, estola y cingulo, rezando su eminencia las oraciones de costumbre; entretanto los ministros de pontifical le revistieron con las antofias; encima el pectoral, colocándole sobre él la casulla, habiéndole calado los guantes y el anillo, y cubierto con el capelo encarnado le puso el diácono de honor la mitra, y los sacristanes sacerdotes de la real capilla el gremial, cuyas puntas sostenian los diaconales; en esta forma, sentado el prelado en su silla en medio de los diaconales, que también ocuparon sus siales, y los diáconos en un banco fijo delante de la credencia, y los cuatro ministros de pontifical con pluvial en otro banco liso á espaldas del prelado, aguardaron la llegada de SS. MM. y AA.

Los reales guardias alabarderos formados en dos filas permanecian en el claustro, cuyas paredes se cubrieron de lujosas tapicerias y el suelo de alfombras.

Dada la hora de las nueve, todas las campanas anunciaron la entrada de SS. MM., la que verificaron por la puerta que subia al palacio; en ella esperaba el señor receptor de la real capilla con tres capellanes de honor, para servir el acbebe del agua bendita al excelentísimo señor patriarca, que debia administrársela en dicha puerta á SS. MM. y AA.

El acompañamiento era el siguiente: 1.º los alcaldes de corte don José Lopez Oliver y don José Joaquín Colón; 2.º los caballeros pages de su magestad con suayo; 3.º la clase de gentiles-hombres de casa y boca; 4.º los diputados procuradores de las treinta y siete ciudades y villas que tiene

voto en Córtes; 5.º los títulos de Castilla nombrados por S. M. para este acto; 6.º los cuatro maceros; 7.º los mayordomos de S. M.; 8.º los grandes de España; 9.º cuatro reyes de armas, que lo fueron don Julian Brochero, don Ramon Zazo y Ortega, don Pascual de la Rúa y don Gabriel Ortiz; 10 el duque de Alba como conde de Oropesa, caballero gran cruz de la real distinguida orden española de Carlos III, llevando en la mano el estoque desnudo y levantado; 11 el serenísimo señor infante don Antonio Pascual, que llevaba de la mano al serenísimo príncipe don Fernando Calisto; 12 el rey y la reina; detrás el príncipe de Maserano, caballero gran cruz de la real distinguida orden española de Carlos III, mariscal de campo de los reales ejércitos y capitán de la compañía flamenca de reales guardias de Corps, que estaba de cuartel; detrás de la reina, llevando la falda de su vestido don Manuel Pacheco, caballero gran cruz de la misma real distinguida orden de Carlos III, capitán de la compañía española de reales guardias de Corps, y seguían el cardenal patriarca, el nuncio de su santidad, embajadores, gentiles-hombres de cámara, y por último, la guardia de corps, la marquesa de Bélgica, camarera mayor, y damas de su magestad.

Sentados los reyes en las sillas colocadas debajo del dosel, puso en la suya al príncipe de Asturias su teniente ayó don Juan del Río Estrada, caballero de la orden de Santiago y brigadier de los reales ejércitos, y el señor infante don Antonio Pascual ocupó igualmente la que estaba preparada; detrás del rey estuvo el príncipe de Maserano como capitán de guardias de Corps que estaba de cuartel, y detrás de la reina don Manuel Pacheco para tener la falda á S. M., inmediato á la silla de S. M., por la parte de la Epístola, hacía el altar mayor, estuvo el duque de Alba como conde de Oropesa, y un poco mas adelante por el mismo sitio el marqués de Santa Cruz, mayordomo mayor de S. M., ambos en pie.

(Se continuará.)

## EL BAÑISTA DE DIEPE

POR

ROGER DE BEAUVOIR.

(Continuacion).

Cuando el comodoro quedó solo delante de muchas botellas medio vacías, aspiraba la brisa del mar, que á cada instante amenazaba apagar la única lámpara de la sala. Despreciando la lectura del *Morning Chronicle*, habia hecho con este periódico una pajueta para su pipa. Apoyada la frente en sus dos manos, miraba al mar con aire profundamente absorto. Aquel oleaje incessante, aquel ruido sonoro, aquel largo collar de espuma desarrollado

por el Océano, y mas que todo esto, el penetrante sabor de la playa, todo parecia haber sumergido á sir Southwel en un letargo profundo.... La impresion repentina del aire, tan inmensamente fatal á la embriaguez, le arrastró bien pronto á los campos del absurdo, y alimentó su vista con todo el prestigio que presentaba entonces el ensoberbecido Océano. Por espantoso que fuese aquel elemento, creyó que podia desafiarse. Teniéndose, sin duda, por otro *Ajax*, trepó sobre la ventana, que no tenia mas que tres pies de altura, saltó abajo, y con paso presuroso atravesó el paseo arenoso que se llama playa; la mar estaba brava, y arrojaba de vez en cuando guijarros contra las tablas de aquella esplanada.

Victima de las alucinaciones mas estrañas, pero mas que nunca aferrado en su locura, el comodoro creyó entonces percibir en medio de la bruma á un hombre agachado en la escalera que conduce á las tiendas de los bañeros. Aquella figura sombría, apenas fué llamada por el comodoro, se levantó, le mostró el camino, manifestando hallarse dispuesto á ejecutar sus órdenes.

—¡Enhorabuena! dijo el comodoro; has variado de parecer, y hace poco te hacías el desdeñoso: no te avergüences de tu vivacidad, amigo mio. Vamos, desnúdate; aqui tienes dos luses, y mañana podrás decir á todos que me has bañado.

El bañero no respondió; el viento, por otra parte, hubiera impedido al comodoro oír sus palabras. En aquel momento apareció la luna, y sir Southwel, que se habia despojado de sus vestidos, le vió salir con el traje ordinario de los bañeros; le presentó la mano y ambos se arrojaron al agua.....

Media hora despues, en medio de la grande efervescencia del baile y mientras que las cuadrillas llenaban la hermosa sala azul del establecimiento de los baños, muchos aduaneros de ronda llegaron apresuradamente á llamar al doctor Bernard.

La palabra de asesinato circuló pronto de boca en boca. La mar, decían aquellos hombres, habia arrojado sobre la playa el cadáver del comodoro, y á su lado se habia encontrado la ropa todavía mojada de Langlois.

El doctor se apresuró á salir; sir Roberto y Rodolfo de Nanteuil sostuvieron en sus brazos á lady Southwel desmayada...

### III.

Al dia siguiente de esta catástrofe, lady Southwel, que habia pasado en pie el resto de la noche, se paseaba todavía con paso agitado por su habitacion, cuando la campana de la fonda le advirtió que venia una visita. Un minuto despues entró Rodolfo de Nanteuil. Luégo que el baron le dirigió algunas frases obligadas sobre el acontecimiento de la vispera, añadió:

—Señora, ahora es preciso que os hable de mi, y no puedo menos de

confesar que lo hago con repugnancia. Mas de una vez me habeis opuesto con justicia la delicadeza de mi situacion respecto de vos, el peligro de las atenciones que os guardaba y las inducciones calumniosas que podian sacar de mi celo en defenderos, habeis apelado á mi lealtad, levantando una barrera delante de mi amor. Hoy el cielo ha tomado á su cargo libertaros de esos escrúpulos; hoy estais libre, y al reclamar vuestra mano....

—¿Qué estais diciendo, baron? ¿Y es este el momento que escogéis para hablarme de semejante proyecto? Os suponía mas considerado y atento conmigo; el dolor, la turbacion en que estoy....

—Precisamente esa turbacion y ese dolor son las causas que os impiden defenderos; señora: otro debe tomar este cuidado. Si, la malignidad pública se esparce ya en sordas injurias contra vos; os acusan de haber contribuido á ese atentado, y hasta se dice que ese bañero, preso desde ayer....

—¿Ese bañero? ¿Y qué decís de él?

—Decís que estaba pagado para libertaros de vuestro marido...

—¡Callad, callad por Dios!

—Hace una hora que debe haberse celebrado ese interrogatorio delante del procurador del rey; el capitán Rook y sir Roberto han sido citados como testigos; ellos podrán daros cuenta de todo.

—¡Con que todavía han encontrado medio de aumentar mi desgracia!... ¡Soy el blanco de una acusacion!...

—Que no dudo desvanecerá la declaración de Langlois á vista del cadáver. Pero, señora, no debeis desconocer que necesitais recurrir á su apoyo en tan terribles circunstancias! Cuando á la maledicencia que os ataca pueda yo contestar: «Yo soy á quien lady Southwel ha escogido por esposo», creedlo, lady Southwel, entonces reduciré á vuestros enemigos al silencio. ¿Ignorais que en Londres, como aquí, no dan un momento de tregua á su encarnizamiento? ¿Habeis olvidado el motivo de vuestro divorcio con el comodoro?

—¡Ah! ¡Qué cruel sois en recordármelo en este momento! No conocéis la compasion.

—Si os hago este recuerdo, es solamente para mostraros el peligro de vuestra debilidad. Mientras ha vivido vuestro esposo, he comprendido, sin dejar por eso de sufrir mas que nadie por esta determinacion, la inflexible viudez que os imponiais respecto de ese hombre, que os dejaba sin embargo dueña de una segunda eleccion; queriais que vuestra conducta le avergonzara de la suya; queriais que pudiera deciros un dia: «He sido injusto contra vos; os he lanzado ce mi lado, os he maldecido; ahora os toca recibirme y perdonarme.

(Se continuará.)

MADRID, 1853.

ESTABLECIMIENTO TIPOG. DE MELLADO, calle de Santa Teresa, núm. 8.